

# Transformaciones en la adolescencia. Conmoción narcisista y resignificación del edipo.

Ada Vasconcelos<sup>61</sup>

Reticentes, silenciosos, violentos, insatisfechos, discutidores apasionados, contestatarios, agudos, inquietantes, enmarañados muchas veces en una inmensa lucha emocional de urgencia e inmediatez, expresando algunos otros desconciertos de no saber quienes son, añorando la pertinencia al patrimonio parental, al tiempo sostenido en la credibilidad otorgada a la palabra de los adultos. Subsumidos en el desamparo psíquico que produce la caída de la omnipotencia paterna.

Conmovidos por el embate puberal. Sorprendidos por las novedades que el erotismo genital introduce.

## Adolescencia

Edad extraña y fascinante, por su violencia, su tumultuosidad, su creatividad.

Largo período de borrosos contornos, lugar por excelencia del surgimiento de la incertidumbre en tanto portador de todas las potencialidades del desarrollo del ser humano a la edad adulta.

Largo y riesgoso período si el bagaje interno con el que se cuenta no es sólido y estable y si la violencia del medio familiar y social, encargados de contener a los adolescentes en su revuelta y desamparo, ofrece modelos patológicos prolongando el duelo de sus objetos primordiales.

Fase profunda de movilización narcisista. Período de transformación del yo que incluye una nueva visión del mundo, la desidealización de los objetos parentales, la edificación de

un nuevo conjunto de valores, metas e ideales.

Etapa bisagra en la formación de la personalidad pero también reveladora de las adquisiciones anteriores debido a sus exigencias evolutivas específicas.

Inquisidor particularmente incisivo de los equilibrios anteriores, si consideramos las respuestas psicossomáticas que en esta edad aparecen, riesgo de caída y posibilidades ciertas de no llegar nunca a la tierra prometida de la adultez (accidentes, suicidios, fugas, drogas).

## Punto de llegada y punto de partida:

Como punto de llegada podemos colegir retroactivamente las inscripciones y los traumas que en un tiempo anterior permanecieron acallados en forma caótica y latente adquiriendo en este período significación y efectos patógenos: *"Aquello que se silencia durante la infancia suele manifestarse a gritos durante la adolescencia."* (Kancyper, 2001).

Es inevitable entonces interrogar acerca de la cualidad de las interiorizaciones heredadas de la infancia y habilitar una nueva imagen de sí capaz de integrar los cambios que representan la ruptura de las relaciones con el mundo infantil, ruptura de la organización pseudo adulta de la latencia que sacude su tranquilidad narcisista sostenida en el placer que su cuerpo infantil con un crecimiento lento y armonioso le proporcionaba. El crecimiento rápido y poco armónico pone todo en dudas.

El Yo Ideal es puesto en tela de juicio con su omnipotencia y omnisciencia porque no puede anticipar qué cuerpo se tendrá favoreciendo el resurgimiento de la modalidad ejercitada en la infancia para hacer frente a las realidades que esta realidad inesperada provoca.

Un adolescente de trece años decía: *"Parezco un monstruo arriba de estas piernas que son como zancos"*

Una paciente de dieciocho años recordaba: *"Cuando mis pechos crecían, caminaba encorvada, usaba remeras grandes y muchas veces me las ajustaba con una faja"*. De esta manera mostraba su exigencia de mantener un status de niña armónica no deseable sexualmente protegida de deseos edípicos y fantasías incestuosas anulando los signos distintivos susceptibles a denunciar las diferencias.

Trabajo de construcción y reconstrucción permanente como nos dice P. Aulagnier (1977) de un pasado vivido y necesario para investir el momento presente para que podamos hacer pie en un mínimo número de anclajes estables que nos garanticen permanencia y fiabilidad y le de al sujeto la certeza de que es autor de su historia.

Mario Benedetti (1986) en unos versos escritos al volver de su largo exilio testimonia la importancia de esto:

*"Lo reconstruyo todo signo a signo y así me reconozco todavía en estas calles que caminan lentas por el otoño tantas veces dicho" ...*

*... "revivo aquí con esperanza y duelo"*



*me reconstruyo aquí y me reconozco en estas calles que caminan lentas."*

Fondo de memoria gracias al cual podrá tejerse la tela de fondo de sus composiciones biográficas, tejido que le asegura que lo inexorablemente modificado de sí mismo, de su deseo, de sus elecciones, no transforma a aquel que deviene en un extraño para aquel que ha sido, que su mismidad persiste en ese yo condenado al movimiento y automodificación permanente.

Esta parte de la infancia que todo analista descubre, es la prueba de la persistencia de ese fondo de memoria. Tiempo que continúa existiendo psíquicamente permitiendo al adolescente hacer de su infancia ese antes que preservará una ligazón con su presente gracias al cual se constituye un pasado como causa y fuente de su ser.

Lo que se transforma en el cuerpo y en la sexualidad tiene importancia porque allí se juega, se modifica, se da a ver a sí mismo y a los otros, acompaña un movimiento temporal que confronta la psiquis con esta serie de cambios corporales cuyo efecto va a imponerse cada vez como una prueba de la diferencia que los separa de lo que han sido hasta entonces. Resignificación de los traumas anteriores que desata un recambio de estructuras en todas las instancias del aparato psíquico (Emma a los 8 años teme ser seducida, a los 13 con un cuerpo de mujer teme seducir).

Volverse adolescente es necesariamente enfrentarse con los cambios corporales ligados a la pubertad y al posible ejercicio de una sexualidad genital. Debe negociar las fantasías ligadas a la bisexualidad y disponer también de una distancia racional con los personajes parentales y sus imagos internalizadas.

Dije anteriormente que la tranquilidad narcisista de la latencia es conmovida. La relación narcisista con el primer objeto erótico madre al

comienzo de la vida, vínculo diádico en el que por identificación primaria se busca una y otra vez mantener la ilusión de completud, perfección, omnipotencia, omnisciencia propia y del objeto vivido como espejo confirmatorio obteniendo la plena satisfacción de ser único (Yo Ideal).

El Complejo de Edipo es el golpe más fuerte que esta estructura recibe. Las relaciones se triangulizan y todos los componentes de la estructura narcisista se ven compelidos a resignificarse en esa estructura triádica.

Es en la adolescencia donde la conflictiva edípica se reactualiza en toda su magnitud (si bien no es un conflicto cerrado como no lo es en su resolución e interjuega en más momentos de las relaciones familiares), en este momento se ingresa en la tan temida categoría de Edipo posible.

Los impulsos sexuales y agresivos se intensifican y conmueven a un yo insuficiente para contenerlos. La presencia de la pareja parental ahora sexual y armónica y no desexualizada y desvitalizada como en la latencia, redesperta no solamente la ansiedad de castración sino también la ansiedad de exclusión que desmiente la ambición de exclusividad narcisista. Frente a este panorama se intentará pasar por alto la elaboración del dolor depresivo que implica sostener la renuncia a la escena primaria y también sostener la ilusión de un ser adulto infantil narcisista fantasías narcisistas que impiden al adolescente tomar contacto verdadero con sus falencias.

Esta estructura triangular se conmueve en ambos polos. Adolescentes y padres deben renunciar unos y otros a los deseos incestuosos. Entrecruzamiento generacional en el que la crisis narcisista afecta a ambos. El primer movimiento que padres e hijos deben hacer es aceptar la diferencia de pertenencia generacional. La

desdiferenciación por parte de los adultos promueve a veces una especie de promiscuidad entre ellos y los jóvenes en los avatares sentimentales y sexuales, en la complacencia narcisista que la generación adulta tiene en rejuvenecer, complicando o prolongando el duelo necesario para todo sujeto en devenir. Confrontarse a esta nueva e inédita realidad psíquica en su camino hacia la madurez, lleva a iniciar un proceso de duelo por el cuerpo infantil, por las identificaciones infantiles por los padres de la infancia, por la bisexualidad.

En este deshacerse se debate. Ambiciona ser adulto pero también teme dejar los privilegios de la niñez.

Desea desprenderse de los objetos parentales pero aún los necesita como refugio para hacer frente a lo desconocido.

Dolor y desamparo psíquico al que inevitablemente queda sometido mientras que en estos vaivenes su Yo se sacude navegando por estados afectivos, polarizados desde la ilusión de completud (enamoramiento) a la desilusión y sufrimiento por que el amor no saldrá su desamparo exponiéndose a recurrir a la desmentida manteniendo la idealización de los padres infantiles o aferrándose a rígidas defensas narcisistas o a la desestimación de la pérdida pudiendo aparecer la alucinación o el delirio.

Así irá oscilando entre dos posiciones de PERMANENCIA Y CAMBIO (Piera Alaugnier, 1975). Permanencia es la matriz relacional que se constituye en los primeros años de vida en ese encuentro original entre dos cuerpos, dos psiquis, dos sujetos y a las que recurrirá como anclaje necesario para avanzar al cambio que representan las distintas identificaciones a las que el Yo puede acceder dando paso al ideal del Yo que es una nueva manera de admirarse o satisfacerse con condiciones.

Es el investimento positivo de la representación de sí el que da un sentimiento de identidad. Cuando es sólido y estable permite tomar el riesgo de comprometerse a una relación con otro diferenciado sin perderse en ella. La identidad implica una limitación al oponerse al ideal de completud (*aceptar que soy Juan y no Francisco*) pero el narcisismo puede perderse abandonando sus soportes adecuados cuando el deseo y la necesidad de objeto son vivenciados como una amenaza al narcisismo y no como una complementariedad.

Primero se da la diferenciación, luego la complementariedad como una adquisición nueva, las identificaciones secundarias refuerzan el equilibrio narcisista.

El antagonismo entre los lazos objetales y la salvaguarda del narcisismo presenta situaciones riesgosas y nos conduce al terreno de la patología adolescente, ya que contribuye al borramiento progresivo de los lazos objetales conduciendo a un narcisismo negativo nutriéndose del rechazo al vínculo objetal y al autosabotaje de la potencialidad adolescente.

Con más frecuencia lo testimonian los problemas de comportamiento en esta edad o la amplitud de las regresiones, que en lugar de cumplir una función adaptiva mediadora (P. Bloss, 1991) se convierten en verdaderos ataques al sí mismo expresados en ciertas formas graves como ANOREXIA - BULIMIA DEPRESIONES GRAVES ADICCIONES,

pasando claramente del narcisismo de la vida al narcisismo de la muerte como lo postula Andree Green (1990). O presentando cuadros como los que Freud reconoció en la Melancolía, una identificación narcisista con todas las características ambivalentes del modo oral sádico como sustitución de la pérdida de un objeto ideal inconsciente con una realidad psíquica poblada de objetos destruidos alternando con una negación maníaca absoluta. Los impulsos agresivos se refuerzan, se pierde el hambre de objeto y la capacidad para el amor. Esto nos muestra claramente las diferencias con el padecimiento del adolescente al que antes me referí, que sufre temporalmente de regresiones narcisistas, adquirió la capacidad de simbolizar pérdidas (puede duelar) y de esa manera queda preservado de autorreproches y castigos severos. No perdió el hambre de objetos ni su capacidad de amar, conserva una buena relación con objetos internos y externos.

La experiencia nos muestra que el fin de la adolescencia puede signar la entrada en un episodio psicótico cuya causa desencadenante a menudo se desarrolla con su primer fracaso. Fracaso en una primera relación sexual, fracaso imprevisto en un examen. Un fracaso que forma parte de la experiencia de muchos jóvenes, ha venido a arruinar el aparente equilibrio en el que funcionaba. Los padres nos dirán que todo iba bien hasta que sucedió esto. Si uno se quedara con este relato se podría

creer que la causa del drama es el hecho de que el adolescente no pueda asumir el fracaso de un proyecto identificatorio o sexual relacional, que creía parte de sus posibilidades, pero cuando miramos más de cerca nos damos cuenta que este fracaso es el resultado de un movimiento de desinversión contra el cual el joven se defiende desde hace mucho tiempo y en realidad desde siempre.

Lo que se da como causa de la descompensación, es la consecuencia de este primer fracaso que ha hecho imposible la investidura de su pasado en una forma que le permita invertir el devenir que rechaza por falta justamente de esa investidura preliminar.

### Resumen:

El trabajo intenta mostrar, desde el punto de vista del narcisismo, la movilización profunda que se produce en este momento de la vida, considerándolo un período conmovedor y riesgoso en el que los componentes de la estructura narcisista se ven compelidos a resignificarse en una estructura diádica, acentuando la necesidad de un mundo interno lo suficientemente sólido, para enfrentar las transformaciones en el cuerpo y en el mundo emocional.

**Descriptor: ADOLESCENCIA - RESIGNIFICACIÓN - EDIPO**

### Bibliografía:

- Andre Green. De locuras privadas. Bs. As. Amorrortu Editores (1994)
- Benedetti, Mario (1986) AQUÍ en Preguntas al azar. Bs. As.: Editorial Sudamericana
- Castoriadis Aulagnier, P. La violencia de la interpretación. Bs. As.: *Amorrortu* (2001)
- Kancyper, Luis. El Proceso Psicoanalítico en la Adolescencia. Metapsicología y clínica. Revista Actualidad Psicológica Adolescentes. Año 2001.
- Peter Blos. La transición adolescente. Bs. As.: Amorrortu Editores (1991)
- Philippe Gutton. La locura puberal. Revista psicoanálisis con niños y adolescentes. Año: 1994 N°7
- Rev. Apdeba. Adolescencia, historia, enigma. Bs. As. Año 2001. Vol XXIII n°2
- Rev. Apdeba. Adolescencia y clínica actual. Bs. As. Año 2007. Vol XXIX n°2
- Revista Semestral. Psicoanálisis con niños y adolescentes.

